CAPITULO VI

Fin de la administracion de Juarez.—Presidencia del general Arista.—Renuncia de Arista.—Presidencia de Ceballos.—Golpe de Estado.—Sus consecuencias.—Vuelta de Santa-Anna.—Juarez director del Instituto de Oaxaca.

AL concluir el período constitucional de Juarez, ya habia tomado posesion de la presidencia el general Arista, ministro de la guerra en la administracion de Herrera. *

Don Mariano Arista que habia empezado su carrera militar en las filas españolas durante la guerra de independencia, si bien tenia un gran renombre como soldado y como general, no era por cierto uno de aquellos gefes atrevidos que atraen en torno suyo á un partido personal numeroso, ni mucho menos uno de aquellos hombres cuyos antecedentes forman todo un programa político. Siguió, es verdad, el sistema de D. José Joaquin Herrera: economizar lo mas posible en la administracion, reorganizar el ejército, y acatar en todo los actos de la representacion nacional; sistema de admirables resultados en los países y en las épocas en las que una secretaría de Estado no es el blanco de veinte mil ambiciones, y en los que aun los principios políticos no están lo mismo que las bases sociales, en tela de juicio.

* El candidato del partido exaltado entonces, fué Almonte, cuyo despecho habia llevado hasta la mas infame de las traiciones.

El descontento del ejército por una parte, y la impaciencia del partido liberal por la otra, produjeron las revoluciones que estallaron en Jalisco, Orizaba y Veracruz.

Arista, atacado por la prensa, respetando hasta la debilidad á la mayoría del Congreso; sin prestigio político alguno, y encontrándose impotente para reprimir á los trastornadores del órden público, renunció la presidencia. Encargóse del mando supremo de la República el presidente de la Corte D. Juan Bautista Ceballos * que no solo no pudo contener la revolucion, sino que á poco disolvió el Congreso dando el mas inesperado y el mas vergonzoso de los golpes de Estado.

Era Ceballos un abogado de gran reputacion y de reconocido talento, pero su carácter bilioso y extravagante hacian de él un mal gobernante. Este hecho de uno de los hombres mas ilustrados de su época, prueba que en aquel entonces nadie tenia fé en las instituciones que regian al país, que las entidades personales jugaban con los destinos de la patria, y que la presidencia era el botin del mas atrevido y del mas audaz.

El partido liberal que tan hostíl se habia mostrado á Arista, se vió envuelto bien pronto en las redes del militarismo. Despues del golpe de Estado de Ceballos, las fuerzas del gobierno secundaron el pronunciamiento de Jalisco, y á pesar de que el Congreso reunido en una casa de un particular en México, nombró presidente á Don Juan de Múgica y Osorio, gobernador de Puebla, ** encargóse del mando como presidente interino el general D. Manuel María Lombardini. ***

* 5 de Enero de 1853.

** Múgica y Osorio no aceptó este nombramiento, y fué de los últimos gobernadores que cedieron á las exigencias de los pronunciados.

*** No entra en el objeto de esta obra la relacion minuciosa de aquellos sucesos; pero para mas esclarecimiento copiamos en seguida la que de ellas hizo Don Guillermo Prieto en su obra *Viajes de órden suprema:*

«¿Cómo pintar en este escrito aquella dolorosa é imponente agonía del órden constitucional, en la tortura de las pasiones desencadenadas? ¿Cómo profanar con la frivolidad de estos recuerdos aquella hermosa personificacion histórica de la abnegacion y del sublime respeto á la ley? ¿Cómo sembrar lágrimas donde se quisieran derramar flores, y descubrir cicatrices mal cerradas donde se solicitan sonrisas, y donde la pluma suelta y sin vacilacion tiene por único anhelo el entretenimiento y la alegría?

Tras aquellas juntas tempestuosas del ministerio de justicia; tras aquellas sesiones nocturnas de las cámaras; tras aquellas mil escenas tan parecidas á las de los últimos momentos de un padre de familias, en que los médicos altercan; en que los entrometidos hablan en voz baja y misteriosa; en que los remedios fraudulentos complican los métodos de curacion; en que los tutores y albaceas anticipan sus planes y especulaciones; en que los herederos aprueban ó se conforman segun las cláusulas testamentarias; y en que el vulgo finge leyendas de errores de cura y de envenenamientos espantosos; despues de esas escenas, despues de una noche hija de la zozobra y el silencio, apareció palacio vacío, y unos papeles en las esquinas anunciando que el Sr. Arista no era presidente, y que el mando estaba en las manos del Sr. D. Juan Bautista Ceballos. Esta mañana fué la del 6 de Enero de 1853.

Como siempre sucede, gran parte de los conspiradores de la víspera se convirtieron en los héroes del dia; la revolucion tenia tantas faces como el prisma, y en el seno de las cámaras pasaban escenas originales, ya por la orfandad en que habia dejado á los unos la desaparicion del Sr. Arista, ya porque los señores conservadores no las tenian todas consigo con la elevacion de Don Juan Bautista, antiguo federalista exaltado, caudillo de la célebre ley

La vuelta de Santa-Anna fué fácil de prever: desde aquel instante el transfuga de todos los partidos, el vencido en Tejas, en Cerro gordo y en el Valle de México, el general inepto que despues de traicionar á todos los partidos habia comprometido la honra nacional, volvia como árbitro de los destinos de un país á quien tan mal habia servido, gracias á la desobediencia del ejército y á la oposicion

de 11 de Enero de 1847, que se entró en la iglesia de rondon y produjo la chamusquina de polkos y puros, vergüenza y último estado de prostitucion de los partidos, ya por algunas amistades para los hijos de Loyola peligrosas de todo punto.

Los moderados creyeron llegado su agosto, pero les escabroseaban las sombras de ciertos manteos amenazadores y de cierto sombrero de tres picos que se indilgaba *sans façon* para el ministerio de la guerra.

Los santanistas cantaban ossana *soto voce*, porque veian que todos maduraban la almibarada breva, que debia caer por fin y postre en la boca del desterrado de Turbaco, que á lo lejos clamaba, caigo ó no caigo, como algunos personajes de encantamiento.

Por el senado pasó el soplo de la resurreccion, y aquellas momias del imperio, aquellos inválidos políticos que siempre conspiraban, que todo lo entorpecian de un modo rencoroso y sistemático, saltaron clamando aleluya y se pusieron en movimiento como cohorte del nuevo dictador.

Excepciones derrengadas é impotentes eran algunos liberaletes que, redoblando el brío y cerrándose en las cuestiones del Nuncio Apostólico, alteraban la bílis y descomponian los nervios de los Lares, Torneles y Rodriguez de San Miguel.

El Ministerio que se esperaba diese color á tan incalificable peripecia, vino á aumentar las dudas y á alentar las aspiraciones de los diferentes círculos políticos.

El conjunto de tal gabinete fué la duda y la amenaza, el desengaño y el temor, la desconfianza, en una palabra, y la debilidad cuando requeria mas fuerza.

Los liberales tomaron una actitud hostíl, pero templada, por miedo á los santanistas y conservadores; éstos pusieron sus agentes en la camarilla de Ceballos.

La peticion de facultades extraordinarias denegadas al Sr. Arista pocos dias antes con tan visible espíritu de partido, dió un carácter de inconsecuencia al gabinete que le cubrió de descrédito desde sus primeros pasos, y la revolucion resucitada por la ausencia de Arista, manifestándose anárquica en sus aspiraciones, acabó de sembrar el desconcierto.

En esta confusion, aventurándolo todo el partido clerical, se pronunció en las tinieblas contra la constitucion, y presentó un proyecto para que se reformase por medio de representantes elegidos *ad-hoc*.

Aquella fué la áscua que caia sobre la pólvora: la alarma se propagó instantánea; acudieron á palacio en bandadas los políticos de los portales, los amigos íntimos del presidente, los merodeadores de las revueltas, los energúmenos de clubs y la gente curiosa y arrebatada, é invadieron los corredores penetrando en la habitacion del presidente y hasta en los salones de recreo de los diputados.

Iban y venian dando al aire el manteo circunspecto, ciertos clérigos diputados que se hicieron visibles en su calidad de correos de gabinete.

Las cámaras que en los dias anteriores no habian tenido sesiones por falta de *quorum*, ó las habian tenido flojas y desmayadas, estaban con casi todos sus miembros.

Perdida la brújula presidencial, puros, y moderados, y conservadores, se engañaban y confundian, dándose lugar á lances curiosos.

El *Siglo XIX*, cuyo editor, segun parece, era influente en un círculo en que figuraban, Lares, y Uraga, Haro y algunos liberales, perdió el rumbo, pugnando su editor por anudar la hebra que le habian roto los sucesos de Guanajuato, en algunas confidencias con senadores y diputados á quienes mostraba sus cartas ó credenciales con éxito ineficaz.

El *Monitor* hervia en liberales derrengados, ministros recien exclautrados, antagonistas de Monseñor Clementi, y purería turbulenta que se lanzó á las barbas al Sr. Ceballos, y daba tajos y reveses contra clérigos, conservadores, y curas, y sacristanes.

de un partido que se habia alucinado fácilmente, sin recordar un pasado lleno de útiles lecciones.

Cuando los principios se prosternan á las circunstancias de un momento y á determinadas personalidades; cuando la fé en el triunfo se funda siempre en la influencia de un prohombre político, sucede siempre que se llega á establecer

Todo era desórden: la sesion se prolongaba vehementísima; las palabras de los opositores se trasmitian de boca en boca; los aprestos militares comenzaron á hacerse visibles; la junta de gefes del ejército y *de guardia nacional* reunida con el Sr. Ceballos, no dejó duda de que se trataba de una resolucion arriesgada, y las voces que corrian acerca de la renuncia de los ministros, descubrió el intento del golpe de Estado, reconciliando con la opinion á los que no querian participar de tan tremenda responsabilidad.

La sesion en la Cámara se suspendió para continuarse en la noche.

Aquella tregua se aprovechó por los bandos disidentes en hacer aprestos, en cerciorarse el gobierno de las fuerzas con que contaba, y los liberalillos en buscar arrimo, solicitando gefes de cuerpo, caudillos de bigote y nombre en el ejército, y cabecillas de barrios alborotadores y parlanchines.

Llegó la noche: la sesion continuó turbulenta; por todas partes se notaban aprestos hostiles; la puerta de palacio estaba cerrada, y las guardias reforzadas y con fusil en mano.

En los corredores superiores se veian grupos de gentes en cuyos centros se percibian las lumbres de los puros y cigarros.

En el corredor cubierto que rodea el salon de la Cámara, se agitaban senadores, magistrados, militares de alta categoría, espías de la presidencia, mozos y parientes de los diputados, y curiosos, pero de cierto viso y nombría.

El salon hermosísimo de la Cámara estaba débilmente iluminado por bujías dispersas trecho á trecho sobre la barandilla que sirve de tribuna frente á los asientos de los diputados; pero la parte superior muy lóbrega.

En la mesa presidencial, bajo el dosel y alrededor del Cristo, habia mayor cantidad de luz que iluminaba el semblante del diputado Don Ezequiel Montes, que fungia de presidente.

La agitacion de los diputados era indescribible.

Muchos que habian hecho oposicion apasionada al general Arista y contribuido á la elevacion del Sr. Ceballos, indignados por el amago del golpe de Estado, le contrariaban frenéticos y se unian á los liberales mas exaltados; otros motores de aquel atentado manifestaban compuncion hipócrita, y se deshacian en lamentaciones; y otros cercanos á las puertas, con sus sombreros listos, el oido atento, y el corazon sobresaltado, esperaban el mas leve indicio de violencia, para tomar las de villadiego como lo verificaron con una celeridad cómica y sorprendente.

Las puertas interiores se cerraron, y se oyó á lo lejos que la desercion continuaba.

A poco que esto se verificó, se oyó en el corredor el sonido sordo y compasado de la tropa que invadia la Cámara, y despues la voz de descansen, y el golpe uniforme de los fusiles en el suelo.

El general Noriega iba con aquella fuerza.

Al sentir su presencia, diputados, curiosos de fuera de la Cámara y todo el mundo, se arrebató de un vértigo de ira que no es fácil describir. Varios diputados se pusieron en pié en sus asientos pidiendo la palabra y prorumpiendo en las protestas mas enérgicas; otros se disponian á partir azorados, trémulos, y no atendian mas que á acelerar los momentos. Entre ellos impasible y riendo se distinguia á D. Gregorio Mier y Terán.

—Este hombre rie..... con el aplomo de sus miles, decia un compañero.

Sobresalia entre los mas entusias para protestar contra la fuerza D. Francisco Villanueva, diputado por Puebla, pero muy conocido en la capital.

Pequeño de cuerpo, débil y nervioso, de modales expresivos y de voz tiple y melosa, Pancho Villanueva era un desertor de los salones de buen tono y de los círculos de los elegantes que se introducia en el Congreso.

Enemigo de la administracion del general Arista, habia adquirido celebridad reciente por un lance personal que le procuraron algunas alusiones demasiado ofensivas contra el Sr. Arista.

Pero en aquel punto, en aquellos instantes, herida su dignidad de hombre y sintiendo ultrajado su honor de diputado, desplegó una energía desusada que lo colocó á la vanguardia de los mas celosos defensores de la representacion nacional.

sin pensarlo siquiera, sin desearlo, el gobierno personal de una entidad, cuya exaltacion al poder es una suprema rémora á la realizacion de esos mismos principios. El camino del bien es uno en política como en todo; el derecho se conquista por el derecho, y la justicia por la justicia.

Puede un pueblo para conquistar su soberanía, necesitar de entidades mas

Su protesta era una trasformacion, era su bautismo entre los exaltados liberales, y el momento elegido por el honor no pudo ser mas oportuno.

Sobresalia su voz conjurando á los diputados que se hallaban en pié, en grupos ó en alarma, á que no dejasen sus asientos.

El Sr. Montes que presidia la Cámara, pugnaba por reducir al órden al Congreso, cuando tocó la puerta, como diria el Sr. Ocampo, el casero que venia por las llaves.

Era en persona el general D. Tomás Marin: á su vista los gritos contra la tiranía, las explosiones de furor, no tuvieron límite. El Sr. Montes en medio de la confusion dejó su asiento, y aquella acefalía aumentó extraordinariamente el desórden.

D. Leon Guzman, que antes habia sido presidente, con una entereza extraordinaria, con un valor realmente admirable, ocupó la silla presidencial, y trató de restablecer el órden desafiando de frente á frente el peligro.

Excesivamente bilioso y exaltado, resuelto en los peligros hasta la temeridad, con bien merecida reputacion de honrado y consecuente, Leon Guzman era muy digno caudillo en aquella crísis desesperada.

Muchos conservadores se escurrian entre las sombras, embarrándose en las paredes, escabulléndose y corriendo á escape, presentando las mas célebres caricaturas los que por su edad ó su trage clerical ponian en contraste su miedo con sus medios de fuga.

Villanueva golpeando la baranda, gritaba: «A reunirnos á San Francisco.»

Cervantes Ozta, vástago de la casa de los condes de Santiago, muchacho simpático á quien se suponia por los cuatro costados conservador, se puso furioso, é invitaba para que en su casa fuese la reunion.

García Torres, ese impresor con corazon que así pone á un albur sus intereses en estas crísis como su propia vida cuando se trata de la causa de la libertad, abriendo sus brazos, torciéndose, gesticulando exajerado, gritaba: á mi casa.

El presidente gritó: á San Francisco, y en tropel abandonaron todos el salon.

A la salida materialmente entre las bayonetas, en medio de la oscuridad, ingresaron á los grupos de los diputados, senadores, magistrados, gefes de cuerpos y curiosos en gran número.

Cada seccion de las que salia llevaba sus oradores que comentaban los sucesos, y los nombres de traicion resonaban á lo lejos entre las sombras de la espaciosa plaza.

El grueso de los diputados se dirigió á San Francisco, otros se instalaron en la casa de Cervantes Ozta, algunos en la imprenta de García Torres.

En los portales habia gente alarmada; se decia que en los barrios se preparaban alborotos.

Numerosas patrullas recorrian la ciudad en todas direcciones; la vista de cada guardia nacional, el recuerdo de algunos nombres que tenian por herencia la tradicion de Peñúñuri y Balderas, y que asistian á aquella jornada carnavalesca, imitacion de Napoleon el chico, irritaba cuanto no se puede imaginar.

Las puertas de San Francisco estaban cerradas; no fué posible que allí tuviera asilo la representacion expulsa, y se refugió en la casa de García Torres, convento del Espíritu Santo.

En el dilatado y angosto salon de aquella casa se organizó la reunion, preparándose la acusacion á Ceballos por traicion, y tratándose de elegir presidente de la República.

Antes era forzoso que hubiera *quorum:* en diligenciarlo pasaban las horas; los senadores se citaban para el dia siguiente en la casa del Sr. Olaguíbel.

Cuando mas ardiente y enfervorizada estaba aquella reunion, sacó su faz pálida como la de un cadáver, por la puerta del salon, D. Juan Lagarde, gefe de la policía, y visiblemente turbado intimó la órden de que la reunion se disolviese. Lagarde se acercó á García Torres y le dijo: Dice el señor Presidente que extraña que siendo vd. su amigo tenga esta reunion.